

Diario de Burgos
4 de Noviembre de 2012

Un alcalde de pueblo

Óscar Esquivias

Un día de noviembre de hace diez años, Jorge Villalmanzo y yo recorrimos varios pueblos de la provincia con la intención de tomar fotografías y apuntes para escribir un reportaje sobre el gótico burgalés. Fue un viernes gélido, de mucha lluvia y frío. Visitamos en primer lugar Villegas, donde una vecina armada con un cuchillo nos preguntó si pensábamos robar en la iglesia; cuando le aseguramos que nada estaba más lejos de nuestra intención, muy amablemente nos indicó quién tenía la llave y pudimos entrar en el templo sin problemas (¡eso es confiar en la palabra de la gente!). En Villamorón no intentó acuchillarnos nadie porque estaba deshabitado, con su caserío casi por completo en ruinas, como si fuera el escenario de una leyenda de Bécquer; con todo, lo más desolador fue contemplar entre la ventisca su imponente iglesia llena de grietas y humedades, a punto de venirse abajo. Luego fuimos a comer a Sasamón, a un bar llamado Casa Gloria. Recuerdo que sólo había un par de mesas ocupadas, en las que unos obreros daban largos tragos de vino con sus buzos puestos y las grandes botas de hule manchadas de barro. Tras visitar la iglesia, concluimos nuestra pequeña excursión en Grijalba, pueblo al que llegamos de noche, tras dar mil rodeos y perdernos por carreteras y caminos locales, como si la misteriosa Grijalba fuera un lugar de cuento de hadas al que uno no llega por voluntad propia sino porque te lo permiten los duendes o los espíritus que lo custodian.

Fue un día muy divertido y feliz, lleno de anécdotas. Jorge hizo muchas fotos, especialmente en Villamorón, lugar que le fascinó. Gracias a aquella visita –y a la posterior publicación del artículo– conocí a personas extraordinarias, altruistas, muy implicadas en la conservación del patrimonio y la promoción de la cultura de esa zona de nuestra provincia, como Pedro Moreno y Santiago Orcajo (que, junto con el resto de miembros de la Asociación de Amigos de Villamorón, consiguieron la restauración de la iglesia) o los vecinos de Grijalba que, con una dedicación muy emocionante, cuidan el templo de Santa María de los Reyes (entre ellos, recuerdo especialmente a Rosa Maestro y a Antonio Barbero).

Pero si rememoro hoy aquel día tan lejano es porque hace una semana leí en las páginas de este periódico la noticia de la muerte de Daniel Peña Rilova. También nuestras vidas se cruzaron con la suya en aquella jornada de hace una década. Fue quien nos abrió la iglesia de Sasamón y nos acompañó durante la larga visita que hicimos a aquel templo que, como

ustedes saben, está lleno de extraordinarias obras de arte. No es algo que aquel alcalde (pues en aquel momento todavía tenía tal cargo) hiciera como favor excepcional: sé que participaba como uno más en los turnos que los jubilados del pueblo organizaban para explicar el edificio y siempre estaba dispuesto a enseñarlo al viajero despistado que llegara en invierno o entre semana. Esa faceta de guía turístico era una muestra (quizá la más anecdótica) de su cariño y dedicación al pueblo. Daniel Peña conocía al dedillo la historia de Sasamón, no sólo por haberla estudiado en los libros, sino también por su propia experiencia y memoria personal: en el claustro, por ejemplo, no sólo daba detalles artísticos sino que también explicaba cómo, antes del arreglo, en aquel lugar se concentraba la palomina en tales cantidades que la vendían a carretadas para que sirviera de abono. Era un alcalde de pueblo en el sentido más noble que se pueda dar a esta expresión: humilde, paciente, con sentido común, llaneza, una gran sabiduría campesina y un afán enorme por mejorar las condiciones de vida de los vecinos y por embellecer el pueblo. Supongo que, como nos pasa a todos, no siempre acertó en sus decisiones, pero su labor fue muy positiva, sobre todo porque contribuyó a la unión y la concordia de los vecinos, convencido de que la solución de los problemas nunca viene de fuera ni de personas ajenas sino de la propia predisposición para resolverlos.

Vivimos en un momento en el que «político» se ha convertido en sinónimo de «logrero», pero no todos son así. Me gustaría recordar en la figura de Daniel Peña a aquellas personas que sirven a la sociedad honradamente, con verdadero espíritu de servicio, desde puestos poco codiciados y, a menudo, ingratos, como son las alcaldías de los pueblos. Estoy seguro de que sus vecinos le recordarán siempre con cariño y le echarán de menos.